

La transformación de los hogares: una visión de largo plazo

Carmen Elisa Flórez N.¹

Abstract

This paper analyses the changes of Colombian households along the last 25 years in two dimensions; First, changes in households structure and their implications. Second, changes in adolescent fertility as a behavior affected by household variables. Results show the traditional "biparental" family is still the dominant family organization. However its importance is declining, which leads to a decrease in household size and an increase in the rate of female household headship. Evidence also suggests an increase in consensual unions and an increase in union instability. These processes have negative effects on children and adolescent's development. There is an increase in the level and timing of adolescent's fertility, initiation of sexual intercourse, premarital sexual relationships, and single mothers.

Resumen

Este artículo analiza los cambios ocurridos, durante los últimos 25 años, en los hogares colombianos desde dos perspectivas. Primero, los cambios en la estructura de los hogares y sus implicaciones. Segundo, los cambios en la fecundidad adolescente como comportamiento resultante del contexto del hogar. Los resultados indican que aunque la familia "tradicional" biparental sigue siendo la forma dominante de organización, se observa una tendencia hacia su debilitamiento, con una consecuente disminución del tamaño del hogar y un aumento en la tasa de jefatura femenina. La evidencia sugiere la existencia de dos procesos simultáneos en la estructura de los hogares: el incremento de las uniones consensuales como fundamento de la familia y el aumento de la inestabilidad de las uniones, ambos con efectos negativos sobre los niños y adolescentes. Se observa que la incidencia y el "timing" de la fecundidad adolescente, el inicio de relaciones sexuales, las relaciones sexuales prematrimoniales y el madresolterismo han venido aumentando.

Keywords: Family structure, Households, Demography.

Palabras clave: Estructura de la familia, Hogar, Demografía.

Coyuntura Social No. 30, junio de 2004, Fedesarrollo, Bogotá, Colombia.

¹ Profesora de la Facultad de Economía de la Universidad de los Andes, CEDE. Agradezco los comentarios de Elvia Vargas y Martha Baquero a versiones anteriores de este artículo.

I. Introducción

Es ampliamente conocido que Colombia, al igual que la mayoría de los países de América Latina, experimentó profundas transformaciones demográficas, sociales y estructurales durante el siglo XX, particularmente durante la segunda mitad de siglo (Flórez, 2000). La transición demográfica, el proceso de urbanización y de redistribución espacial de la población, los aumentos en el nivel educativo, la creciente inserción de la mujer en el mercado laboral, la terciarización del empleo, y las diferentes reformas estructurales de la década del noventa -incluyendo la reforma al sistema de seguridad social en salud-, son algunos de los cambios que la sociedad colombiana ha vivido, y que de una u otra forma han tenido implicaciones sobre la composición, tamaño y funciones de la familia, base de toda sociedad.

Las diferentes modalidades de organización de las familias en Colombia han sido estudiadas principalmente desde el punto de vista sociológico y antropológico (Rubiano y Wartenberg, 1991; Flórez y Méndez, 1994; Wartenberg, 1999), y más recientemente desde el punto de vista económico (Serrano, 2003; DNP, 2002). El primer conjunto de estudios, los sociológicos y antropológicos, tratan de analizar la estructura de los hogares como base de la organización social. El segundo conjunto de estudios, los económicos, tratan de entender los determinantes de la conducta de los diferentes miembros de la unidad familiar, como también los procesos a través de los cuales la familia decide. En este artículo, siguiendo

do el enfoque sociológico, se miran los cambios ocurridos, durante los últimos 25 años, al interior de los hogares desde dos perspectivas. Primero, centrados en los cambios en la estructura de los hogares y sus implicaciones. Segundo, los cambios en la fecundidad adolescente como comportamiento resultante del contexto del hogar.

La información para el análisis de los hogares proviene de la Encuesta Nacional de Hogares realizadas por el DANE en 1978, 1983, 1988, 1993, 1998 y 2003, tercer trimestre del año. Con el fin de hacer comparable la serie, la información se limita a las 7 principales ciudades. La información para el análisis de la fecundidad adolescente proviene de las Encuestas de Demografía y Salud realizada por Profamilia en 1990, 1995 y 2000, y de una Encuesta sobre Salud Adolescente realizada por el CEDE en el 2003².

II. La composición y descomposición de los hogares

A. Estructura de los hogares

1. Tipología de los hogares

La "familia" está constituida por "el conjunto de personas entre las que median lazos cercanos de sangre, afinidad o adopción, independientemente de su cercanía física o geográfica y de su cercanía afectiva o emocional" (Rubiano y Wartenberg, 1991). El no requerimiento de cercanía física o geográfica hace que la familia sea estadísticamente invisible. Por lo tanto, es necesario apro-

² Se agradece el procesamiento de las Encuestas de Hogares a Argemiro Morales del CEDE, y de la Encuesta de Salud Adolescente a Victoria Soto, asistente de investigación del CEDE.

ximarnos a ella a través del hogar³. Aunque familia y hogar están estrechamente relacionados, los miembros de un hogar pueden no constituir una familia. Es el caso de los hogares no familiares. Este tipo de hogar es aquel constituido por una o más personas en las que no existe un núcleo familiar primario⁴. Puede estar formado por personas emparentadas entre sí (hermanos, primos, etc.), y/o por personas sin vínculos de parentesco (amigos). Los hogares no familiares pueden ser unipersonales o múltiples (Gráfico 1).

Los hogares familiares son aquellos integrados por personas relacionadas entre sí en un primer o segundo grado de consanguinidad, adopción o matrimonio, incluyendo las uniones consensuales cuando son estables. Los hogares familiares, organizados alrededor de un núcleo familiar primario, pueden clasificarse de acuerdo con la relación de parentesco entre sus miembros o de acuerdo con la etapa del ciclo de vida de la familia. De acuerdo con la primera forma de clasificación, tenemos hogares familiares nu-

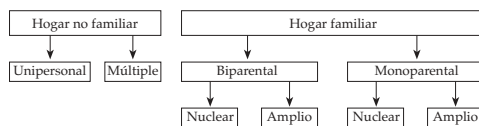
cleares y amplios (Gráfico 1). Los primeros están conformados por el núcleo familiar primario únicamente. Los segundos, incluyen otros parientes y/o no parientes. Simultáneamente, el hogar puede clasificarse en biparental o monoparental por la presencia o ausencia del cónyuge del jefe del hogar.

La segunda forma de clasificación, por ciclo de vida del hogar, se basa en la edad del núcleo familiar primario, en la edad de los hijos, y en la ausencia o presencia de los hijos (Gráfico 2).

2. Aún predominan las familias "tradicionales"

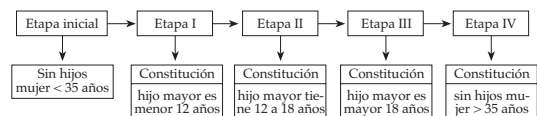
La familia "tradicional", hogares con ambos padres presentes y sus hijos o en una unidad que también incluye a otros parientes, sigue siendo la forma dominante de organización de los hogares colombianos urbanos. No menos del 60% de los hogares son familiares biparentales (nucleares o amplios) (Cuadro 1). Sin embargo, este

Gráfico 1
TIPOLOGÍA DE HOGAR POR PARENTESCO



Fuente: clasificación del autor.

Gráfico 2
TIPOLOGÍA DE HOGAR FAMILIAR POR CICLO DE VIDA



Fuente: clasificación del autor.

³ El "hogar" se define como "una persona o grupo de personas, que pueden o no tener vínculos de consanguinidad, que ocupan la totalidad o parte de una vivienda, comparten las comidas y reconocen como autoridad a una sola persona (jefe del hogar)".

⁴ El núcleo familiar primario está constituido exclusivamente por la pareja con o sin hijos, viviendo en el mismo hogar.

Cuadro 1
DISTRIBUCIÓN DE LOS HOGARES POR TIPO
(siete principales ciudades 1978-2003)

Tipo		1978	1983	1988	1993	1998	2003
No familiar	Unipersonal	2,7	3,5	3,7	3,9	4,6	7,7
	Multiple	5,8	5,3	6,3	5,0	5,1	6,2
Familiar	Nuclear biparental	52,9	53,7	53,5	52,3	53,3	45,9
	Nuclear monoparental	8,4	9,1	11,01	11,5	11,0	12,9
	Amplio biparental	22,3	20,6	17,32	17,8	16,7	15,6
	Amplio monoparental	7,9	7,8	8,25	9,5	9,4	11,7
Total	Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Total	No familiar	8,5	8,8	10,0	9,0	9,7	13,9
	Familiar Biparental	75,2	74,3	70,8	70,1	69,9	61,5
	Familiar Monoparental	16,3	16,9	19,3	20,9	20,3	24,6

Fuente: cálculos con base en la Encuesta Nacional de Hogares, DANE.

tipo de hogar ha venido perdiendo importancia durante los últimos 25 años, siendo su espacio ocupado cada vez más por los hogares no familiares, especialmente los hogares unipersonales, y por los hogares monoparentales (Cuadro 1). Estos últimos surgen como consecuencia de eventos como la viudez, la separación o divorcio y el abandono. La importancia creciente de los hogares unipersonales, de 2,7% a 7,7%, y de los monoparentales, de 16% a 24%, puede relacionarse con la transición demográfica, el proceso de modernización y los cambios culturales que experimentó el país desde mediados del siglo pasado. De una parte, los hogares unipersonales pueden ser una respuesta al proceso de envejecimiento y a la modernización. De otra, no sólo las condiciones de violencia de las últimas décadas han generado mayores tasas de viudez, sino que la modernización - los cambios culturales, los aumentos significativos en el nivel educativo, en la participación laboral de la mujer, entre otros-

también ha traído consigo mayores tasas de disolución de las uniones.

La distribución de los tipos de hogares según ingreso (Cuadro 2) indica que el hogar no familiar y unipersonal es una forma de organización más frecuente en los quintiles altos que en los bajos. Por el contrario, el hogar familiar amplio (incluye otros parientes y/o no parientes) es una estrategia de organización principalmente de los hogares en los estratos bajos y medio.

Estos diferenciales por ingreso en la estructura de los hogares se acentúan a través del tiempo: en los estratos altos aumenta de manera significativa el hogar no familiar unipersonal, mientras que en los estratos bajos el hogar amplio cobra mayor importancia (Cuadro 2). Sin embargo, a pesar de esas diferencias, los hogares en los diferentes estratos comparten la creciente importancia de los hogares monoparentales. Estos

Cuadro 2
PORCENTAJE DE HOGARES POR TIPO SEGÚN INGRESOS
(siete principales ciudades 1978-2003)

Tipo de hogar	1978					Total
	Quintil 1	Quintil 2	Quintil 3	Quintil 4	Quintil 5	
No familiar unipersonal	0,3	0,4	0,5	4,0	8,0	2,7
Familiar Biparental	75,7	77,6	75,6	72,1	75,2	75,2
Familiar Amplio	34,5	33,3	32,2	28,8	22,8	30,2
Familiar Monoparental	19,2	17,1	18,0	16,8	10,5	16,3
	2003					
No familiar unipersonal	2,2	2,4	2,8	8,9	21,1	7,7
Familiar Biparental	62,5	67,5	66,1	59,0	53,4	61,5
Familiar Amplio	39,4	32,9	30,2	22,7	12,9	27,3
Familiar Monoparental	30,3	25,4	24,7	25,6	17,5	24,6

Fuente: cálculos con base en la Encuesta Nacional de Hogares, DANE.

cambios, en conjunto, se reflejan en una tendencia, mucho más marcada en el estrato alto, hacia el resquebrajamiento de la familia "tradicional" biparental: representaba el 75% en 1978, pero sólo el 53% en el 2003.

B. El tamaño de los hogares

Como parte del proceso de transición demográfica y de los cambios estructurales de las últimas décadas, el tamaño de los hogares ha venido disminuyendo, independientemente del tipo de hogar y del nivel de ingreso (Cuadro 3). El tamaño promedio del hogar pasa de 5,3 personas en 1978 a 3,9 en el 2003. Sin embargo, el tamaño promedio del hogar en los estratos bajos (quintiles 1 y 2) en el 2003 es aún mayor al tamaño prome-

dio del hogar que en 1978 se observaba en los estratos altos (quintiles 4 y 5).

Dos hechos explican el descenso en el tamaño promedio del hogar. Primero, dado que el hogar familiar nuclear biparental es la forma de organización prevaleciente en el país (Cuadro 1), este descenso está íntimamente relacionado con el fuerte descenso de la fecundidad que se experimentó desde inicios de la década de los sesenta⁵, el cual empezó primero en los estratos altos y luego se difundió a los estratos medio y bajo. Segundo, el tamaño del hogar está en estrecha relación con su estructura. Por lo tanto, los cambios en su tamaño están también relacionados con las transformaciones en la organización familiar mencionadas en la sección anterior. La

⁵ La tasa de fecundidad disminuyó de 7 hijos por mujer en 1960-1964 a 2,3 hijos en el 2003.

mayor importancia de los hogares unipersonales y de los hogares monoparentales, que han sido siempre de menor tamaño (Cuadro 3), se refleja en una disminución en el promedio de personas por hogar.

El tamaño promedio de los hogares se relaciona inversamente con el nivel de ingreso (Cuadro 3). Este diferencial se debe a los menores niveles de fecundidad en los estratos altos, al predominio de los hogares unipersonales en los estratos altos, y a la mayor presencia de los hogares amplios en los estratos bajos y medios. Existen diferentes actitudes y normas culturales entre estratos altos y bajos frente a la edad apropiada para formar una familia, tener un hijo, el número ideal de hijos, el espaciamiento entre los hijos, el divorcio y la separación. Igualmente, los fac-

tores económicos desempeñan un papel importante en la organización de los hogares: incluir otros miembros (familiares y/o no familiares) en el hogar permite compartir recursos, mejorar la estabilidad del ingreso, reducir la vulnerabilidad y reducir los costos de transferir recursos entre miembros de la familia (BID, 1989).

C. Formación y disolución de los hogares familiares

1. La edad a la primera unión no ha cambiado...

La formación de una familia inicia con la unión de la pareja, ya sea en forma legal o consensual. Una medida aproximada de la edad promedio a la primera unión es el porcentaje de solteros de

Cuadro 3
TAMAÑO PROMEDIO DE LOS HOGARES POR TIPO Y POR INGRESO
(siete principales ciudades 1978-2003)

Clasificación	Por tipo					
	1978	1983	1988	1993	1998	2003
No familiar*	3,0	2,5	2,6	2,3	2,2	1,9
Nuclear biparental	5,0	4,6	4,4	4,1	4,0	3,8
Nuclear monoparental	4,0	3,7	3,5	3,3	3,1	2,9
Amplio biparental	7,1	6,8	6,4	6,1	5,9	5,8
Amplio monoparental	6,1	6,0	5,6	5,5	5,2	5,0
	Por quintil de ingreso per cápita					
Quintil 1	6,4	6,0	6,0	5,5	5,2	4,9
Quintil 2	6,0	5,4	4,8	4,7	4,5	4,4
Quintil 3	5,4	5,0	4,6	4,3	4,3	4,0
Quintil 4	4,8	4,4	4,2	4,0	3,8	3,4
Quintil 5	4,1	3,8	3,4	3,4	3,3	2,8
Total	5,3	4,9	4,6	4,3	4,1	3,9

* Incluye hogar unipersonal.

Fuente: cálculos con base en la Encuesta Nacional de Hogares, DANE.

15 a 24 años de edad. A pesar de ser una aproximación, este indicador tiene la ventaja que hace referencia a un grupo de edad en donde se producen los cambios sociales más significativos (educación, empleo, salud reproductiva, fecundidad, entre otros), y en los que se produce una respuesta más rápida a los cambios socioeconómicos. La proporción de solteros en este grupo de edad indica que la edad a la primera unión no ha cambiado significativamente, ni en los hombres ni en las mujeres (Cuadro 4). Es decir, en las zonas urbanas, la edad a la cual se constituye la familia ha permanecido prácticamente constante en los últimos 20 años⁶.

2. ...pero el matrimonio ya no es la forma preferida de fundación de nuevas familias...

A pesar de que la edad a la primera unión no ha cambiado, la forma en que se fundan las familias ha cambiado significativamente. El matrimonio, legal o religioso, ha dejado de ser la forma predominante de formación de nuevas familias. Mientras en 1978, el 83% de los hogares en etapa Inicial se había formado mediante el matrimonio (legal o religioso), en el 2003 menos del

50% de los hogares se fundó mediante este tipo de unión (Cuadro 5). Por el contrario, cada vez cobran mayor importancia las uniones consensuales en la etapa Inicial de la formación de los hogares. En este cambio han influido, entre otros, las disposiciones legales: la ley 54 de 1990 reconoce la existencia de sociedad patrimonial en las uniones consensuales; la Constitución de 1991 acepta los vínculos naturales, y la Ley 100 de 1993 le otorga a la compañera del trabajador, debidamente inscrita, los derechos a las mismas prestaciones que tendría la cónyuge legal (Flórez y Cano, 1993; DNP, 2002).

El aumento en las uniones consensuales no es un fenómeno exclusivo de Colombia. Esta tendencia también se observa en el resto de países de América Latina (Cepal, 1998). La tendencia hacia el predominio de las uniones consensuales como fundamento de la familia puede interpretarse como un fenómeno similar al de los países desarrollados, en donde la unión consensual aparece como un comportamiento racional que se pone en práctica durante un período para probar la compatibilidad de caracteres de la pareja antes de legalizar la unión. Sin embargo, pa-

Cuadro 4
PROPORCIÓN DE SOLTEROS ENTRE LOS JÓVENES de 15 a 24 AÑOS POR SEXO
(siete principales ciudades 1978-2003)

Sexo	1983	1988	1993	1998	2003
Hombres	88,7	89,1	86,9	88,6	87,4
Mujeres	73,9	75,2	72,5	74,8	76,6

Fuente: cálculos con base en la Encuesta Nacional de Hogares, DANE.

⁶ Esto se confirma con los resultados de otros estudios (Flórez, 2000) y parece ser un comportamiento común a varios países latinoamericanos (Rosero, 1996).

rece que éste no fuera el caso mayoritario para Colombia. Aunque evidentemente algunas uniones consensuales se legalizan y unos matrimonios legales se desintegran a medida que avanza el ciclo de vida, las uniones consensuales disminuyen entre la Etapa I y II pero no aumentan las uniones legales⁷ (Cuadro 5). Por el contrario, las uniones consensuales aumentan consistentemente a lo largo del período en cada una de las etapas. En el caso de etapas más avanzadas, podría referirse a segundas nupcias, sugiriendo aún una mayor inestabilidad.

La importancia creciente de las uniones consensuales es evidente también en las familias clasificadas según parentesco, independientemente del ciclo de vida del hogar. En los hogares biparentales, nucleares y amplios, la unión consensual desplaza el matrimonio, legal o religioso: en 1978, alrededor del 90% de los hogares biparentales estaban constituidos por el matrimonio, mientras que en el 2003, sólo el 60% lo está (Gráfico 3).

Una interpretación alternativa a la creciente importancia de las uniones consensuales es que

Cuadro 5

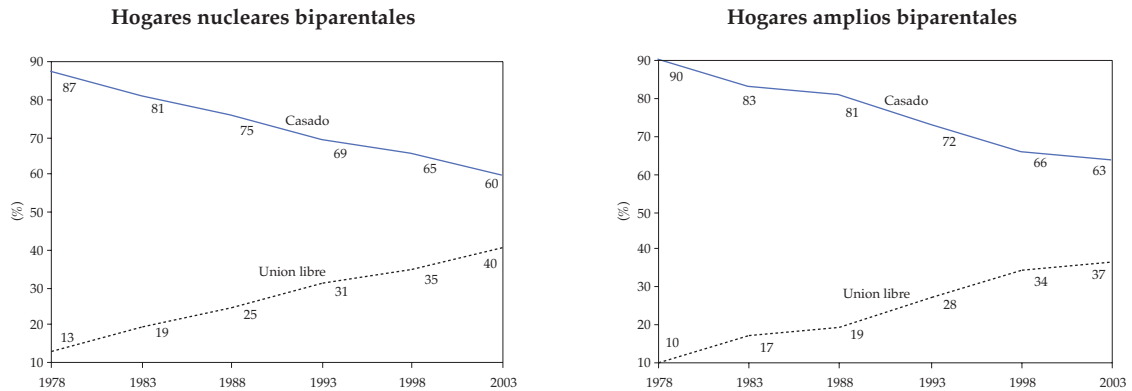
DISTRIBUCIÓN DE LOS HOGARES FAMILIARES EN LAS ETAPAS INICIAL I Y II POR ESTADO MARITAL DE JEFE (siete principales ciudades 1978-2003)

Estado marital	1978	1983	1988	1993	1998	2003
Etapa Inicial						
Unión libre	16,7	22,9	30,1	33,5	39,0	50,7
Casado	83,3	77,1	69,9	66,5	61,0	49,4
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Etapa I						
Unión libre	15,2	22,2	30,1	37,0	40,8	43,8
Casado	78,5	70,3	60,2	52,5	48,4	41,3
Viudo	1,0	1,1	1,0	1,1	0,7	0,6
Separado-divorciado	3,5	4,9	6,3	6,5	6,3	8,3
Soltero	1,8	1,5	2,4	2,9	3,8	5,9
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Etapa II						
Unión libre	11,5	15,7	19,1	23,0	28,0	33,6
Casado	73,9	66,3	62,9	53,6	49,0	41,5
Viudo	4,2	4,8	3,8	3,6	4,1	3,2
Separado-divorciado	8,2	12,0	12,9	16,8	15,9	15,3
Soltero	2,2	1,2	1,3	3,0	3,1	6,4
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: cálculos con base en la Encuesta Nacional de Hogares, DANE.

⁷ Aunque se trata de cohortes diferentes, los cambios son muy fuertes para asignarlos sólo a diferencias de cohorte. Por el contrario, se asume una cohorte hipotética de formación de familia que seguiría el patrón observado a lo largo de las diferentes etapas del ciclo de vida del hogar.

Gráfico 3

DISTRIBUCIÓN DE HOGARES BIPARENTALES POR ESTADO MARITAL DEL JEFE
(siete principales ciudades 1978-2003)

Fuente: cálculos con base en la Encuesta Nacional de Hogares, DANE.

el principal determinante de este tipo de unión es la pobreza (Cepal, 1993). De acuerdo con esta posición, las mujeres pobres tienen como principal fuente de confianza y aspiración el matrimonio mientras que el hombre pobre elude o posterga cualquier iniciativa tendiente a consolidar su papel como principal responsable del mantenimiento económico del hogar. Sin embargo, la evidencia colombiana no sustenta de manera clara esta interpretación. Aunque hace 25 años (en 1978) había una nítida relación inversa entre nivel de ingreso y proporción de hogares en unión consensual, la tendencia creciente de las uniones consensuales ha sido común a todos los grupos de ingreso, siendo mucho mayor su incremento en los estratos altos y medio que en el bajo (Cuadro 6⁸). La proporción de uniones consensuales se duplica en el estrato bajo, mientras que se tri-

plica en los estratos alto y medio. Así, en el 2003 ya no existen diferencias entre la proporción de uniones consensuales en los quintiles bajo y medio, aunque el quintil alto sigue siendo el de menor proporción de uniones consensuales.

La diferente importancia de las uniones consensuales por estrato podría relacionarse con las diferencias entre estratos en la valoración que se le da al matrimonio (legal o religioso). Estudios cualitativos indican que en los estratos bajos la legalidad permea la valoración del tipo de unión (Zamudio y Rubiano, 1991) y la familia no se involucra en el proceso de toma de decisión sobre el tipo de unión (legal o consensual), ni se exige un evento que formalice la unión (Vargas, Henao y González, 2004). En el estrato alto y medio, por el contrario, las uniones legales (civiles o religio-

⁸ En el Cuadro 6 se excluyó el estado marital "viudez" con el fin de observar solamente variables de decisión.

Cuadro 6

DISTRIBUCIÓN DE LOS HOGARES FAMILIARES EN QUINTILES 1, 3 Y 5 POR ESTADO MARITAL DE JEFE (siete principales ciudades 1978-2003)

Estado marital	1978	1983	1988	1993	1998	2003
Quintil 1						
Unión libre	15,1	20,4	22,4	25,3	32,5	34,9
Casado	67,2	59,4	56,3	51,8	38,3	33,5
Viudo	8,4	9,1	9,7	9,1	11,0	10,0
Separado-divorciado	7,0	9,7	10,2	12,2	15,6	16,1
Soltero	2,3	1,4	1,4	1,5	2,5	5,5
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Quintil 3						
Unión libre	11,6	15,3	20,7	25,4	33,5	31,7
Casado	70,4	65,1	57,8	50,4	44,0	42,2
Viudo	8,3	8,3	9,5	8,0	7,4	7,9
Separado-divorciado	6,8	10,1	10,3	13,4	12,1	12,7
Soltero	2,9	1,2	1,7	2,8	3,0	5,5
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Quintil 5						
Unión libre	4,6	5,7	9,1	14,8	13,5	14,1
Casado	84,9	80,0	72,8	66,5	70,5	62,9
Viudo	6,0	7,9	7,7	7,9	7,0	7,8
Separado-divorciado	3,6	5,7	9,7	9,1	7,3	10,5
Soltero	0,9	0,7	0,7	1,8	1,8	4,7
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: cálculos con base en la Encuesta Nacional de Hogares, Dane.

sas) son importantes y la familia le da gran importancia a los ritos de pasaje y por lo tanto la unión constituye un evento que debe visibilizarse socialmente. Las uniones consensuales que se observan en los estratos alto y medio podrían referirse más a segundas nupcias, las cuales se dan en unión consensual ante la indisolubilidad del matrimonio (especialmente del religioso) y la no existencia real del matrimonio civil antes de los noventa. Esta ausencia de disposiciones legales sobre matrimonio durante mucho tiempo (sólo en la década de los noventa se introducen cambios) pudieron contribuir a un deterioro progresivo de la institución legal del matrimo-

nio, especialmente en los estratos medio y alto, y a una tolerancia social cada vez mayor de las uniones consensuales (Wartenberg, 1998). Tal parece que la estructura familiar cambió más rápido que la legislación sobre familia.

La evidencia presentada sugiere entonces que el creciente predominio de las uniones consensuales no fuera el resultado de la pobreza ni de una práctica moderna para probar compatibilidad de caracteres, sino que fuera, entre otras, el reflejo de cambios ideológicos y culturales propios de una sociedad más laica, apoyada por los cambios recientes en la regulación sobre fami-

lia, que ya no sigue tan apegada a los principios de la familia constituida en forma legal o religiosa. Más que relacionado con la pobreza, el aumento de las uniones consensuales en todos los estratos, pero especialmente en los estratos medio y alto, podría reflejar una mayor apertura ideológica y cultural, resultado de la masiva incorporación de las mujeres a la fuerza laboral, especialmente las de mayor nivel educativo, que les permitió mayor independencia, mayor aporte económico al sostenimiento del hogar, mayor empoderamiento, mayor participación en las decisiones del tipo de unión, de disolución de la unión y de constitución de segundas nupcias (legales o consensuales).

3. *...y la inestabilidad de las uniones es mayor*

Las uniones consensuales han demostrado ser más inestables que las uniones legales, tal vez por la mayor facilidad de disolución, un mayor espacio de libertad y un menor compromiso que implícitamente representan. Aunque, durante el ciclo de vida, unas uniones se legalizan, otras uniones o matrimonios se disuelven, y algunos vuelven a conformar segundas o terceras nupcias, la evidencia colombiana del ciclo de vida del hogar sugiere uniones consensuales más inestables que los matrimonios (legales o religiosos). La proporción de matrimonios (legales o religiosos) no cambia significativamente a lo largo del ciclo de vida del hogar, especialmente entre las Etapas I y II, mientras que la proporción de uniones consensuales disminuye para dar espacio a separaciones y divorcios (Cuadro 5).

Durante los últimos 25 años, y paralelo a la creciente importancia de las uniones consensuales frente a las legales, la disolución de la familia

mediante separaciones y divorcios se acentúa, tanto en la etapa I como en la etapa II del ciclo de vida de la familia. Igualmente, el aumento significativo de las separaciones y divorcios es común a todos los niveles de ingreso, pero especialmente marcado en el estrato alto en donde su participación se triplica (Cuadro 6). Así, independientemente del ciclo de vida del hogar y del nivel de ingreso, las separaciones y divorcios al menos se duplican durante los últimos 25 años. En este fenómeno han influido también los cambios que se introdujeron en la década de los noventa a la legislación sobre el matrimonio. Estos incorporaron el derecho al divorcio y eliminaron el efecto civil del matrimonio católico (Flórez y Cano, 1993; Wartenberg, 1999).

La tendencia creciente en la disolución de las uniones explica los aumentos observados en los hogares monoparentales (Cuadro 1), y podría estar relacionada no sólo con la mayor importancia de las uniones consensuales, sino también con los cambios en la regulación sobre familia, con las transformaciones demográficas, y los profundos cambios sociales y culturales de las últimas décadas, incluyendo la mayor participación laboral femenina, y el mayor estatus y empoderamiento de la mujer en el hogar y en la sociedad.

D. Tasa de jefatura femenina

Los hogares con jefatura femenina han aumentado consistentemente durante los últimos 25 años, pero de manera significativa en los años recientes (Cuadro 7). Mientras en 1978, el 15.8% de los hogares tenía a una mujer como jefe, en el 2003 se llega casi al 30% (Cuadro 7). Este fenómeno ha sido generalizado a todos los sectores sociales, de tal forma que en el 2003 la mujer es

Cuadro 7

TASA DE JEFATURA FEMENINA DE LOS HOGARES FAMILIARES POR TIPO Y POR INGRESOS
(siete principales ciudades 1978-2003)

Categoría	1978	1983	1988	1993	1998	2003
Por ingreso per cápita						
Quintil 1	19,1	20,3	20,9	22,6	30,0	34,1
Quintil 2	16,6	18,2	20,3	21,6	23,7	28,0
Quintil 3	17,4	18,4	20,7	24,3	21,2	28,5
Quintil 4	16,2	16,4	21,5	22,9	21,8	30,1
Quintil 5	9,6	13,5	17,2	18,1	16,8	23,9
Por tipo						
Nuclear biparental	0,3	1,0	1,1	1,5	2,6	3,8
Nuclear monoparental	86,5	89,6	90,9	88,1	87,5	91,2
Amplio biparental	0,8	2,0	2,0	3,5	5,2	7,7
Amplio monoparental	86,9	86,7	87,5	89,4	88,6	88,6
Total	15,8	17,4	20,2	22,0	22,3	29,1

Fuente: cálculos con base en la Encuesta Nacional de Hogares, DANE.

jefe en no menos de la cuarta parte de los hogares en cualquiera de los niveles de ingreso. Sin embargo, aunque no existe una relación clara entre nivel de ingreso y jefatura femenina, si se observa un diferencial en los extremos de la distribución, siendo mayor la jefatura femenina en los hogares más pobres (quintil 1) que en los más ricos (quintil 5) (Cuadro 7).

La jefatura femenina generalmente se asocia a casos de separación, divorcio, viudez, abandono o madres solteras. En las sociedades tradicionales, como la colombiana, el rol del jefe del hogar es atribuido al hombre, aunque de hecho la autoridad y el sostenimiento del hogar sean compartidos con la mujer o asumidos principalmente por ésta. Ante el supuesto (cultural) de que cuando en un hogar hay hombres adultos presentes, ellos deben ser los jefes del hogar, las estadísticas tienden a captar sólo las jefaturas femeninas de derecho (de jure), es decir, en ausen-

cia permanente del hombre (Flórez, 1992). En efecto, la evidencia indica que, masivamente, en los hogares familiares biparentales, el hombre es el jefe del hogar. Por el contrario, la mujer predomina como jefe de hogar en los hogares monoparentales (Cuadro 7).

El aumento constante y significativo en la proporción de hogares familiares monoparentales (Cuadro 1), asociados a la mayor disolución de las uniones, explica a su vez la tendencia creciente en la tasa de jefatura femenina. Sin embargo, aún en los hogares familiares biparentales se observa consistentemente un aumento en la jefatura femenina. Así, mientras en 1978 la mujer era jefe en menos del 1% de los hogares amplios biparentales, en el 2003 lo es en casi el 8% de dichos hogares. Este fenómeno sugiere un reconocimiento cada vez mayor de la autoridad y contribución de la mujer al sostenimiento del hogar.

E. Algunas implicaciones de los cambios en los hogares

De los cambios experimentados por los hogares en los últimos 25 años, la importancia creciente de las uniones consensuales y de los hogares monoparentales son tal vez los de mayores implicaciones por sus efectos negativos sobre la capacidad de socialización familiar⁹. De una parte, la ausencia permanente de uno de los padres en el hogar generalmente refleja una situación de vulnerabilidad de las familias y de desventajas relativas en cuanto a la crianza y socialización de los niños y adolescentes. Por otra parte, el juicio sobre las bondades o desventajas de las uniones consensuales como fundamento de la familia no es sencillo porque involucra diversas dimensiones. Sin embargo, la forma como se constituye el hogar

(legal/religioso o consensual) ha demostrado tener importantes repercusiones en el proceso de desarrollo y en las expectativas de vida de los niños y adolescentes, independientemente de la condición socioeconómica del hogar (Cepal, 1993).

Aunque en Colombia la mayoría de los hogares con niños menores de 15 años son hogares que cuentan con la presencia de ambos padres¹⁰, ya sean hogares nucleares o amplios, existe una tendencia persistente hacia la organización de éstos en hogares monoparentales. En los últimos 25 años, se duplica el porcentaje de hogares con hijos menores de 15 años en donde está ausente uno de los padres. En 1978, un 12% de los hogares con hijos menores eran monoparentales. En el 2003, lo es más de la quinta parte (Cuadro 8). De forma similar, durante el mismo período,

Cuadro 8

DISTRIBUCIÓN DE LOS HOGARES FAMILIARES CON HIJOS MENORES DE 15 AÑOS POR ESTADO MARITAL DEL JEFE Y POR TIPO DE HOGAR (siete principales ciudades 1978-2003)

Categoría	1978	1983	1988	1993	1998	2003
Tipo de hogar						
Biparental	87,9	87,7	85,9	83,3	84,2	78,7
Monoparental	12,1	12,3	14,1	16,7	15,8	21,3
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Estado marital - biparental						
Unión libre	13,1	20,7	27,8	35,1	40,7	47,6
Casado	86,9	79,3	72,2	64,9	59,3	52,4
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: cálculos con base en la Encuesta Nacional de Hogares, DANE.

⁹ Esto sin considerar el efecto negativo que sobre la acumulación de capital humano pueda tener la participación laboral en los niños en hogares monoparentales como una respuesta a la necesidad de contribuir al ingreso del hogar. DNP 2002 muestra que el aporte promedio del ingreso remunerado de los hijos de familias monoparentales pobres urbanos equivale al 40% del ingreso del hogar.

¹⁰ Nótese que el jefe y su cónyuge no necesariamente son los padres de todos los niños que viven en el hogar.

umenta de manera significativa el porcentaje de hogares con hijos menores de 15 años, con ambos padres presentes, viviendo en unión consensual. Mientras en 1998, un 13% de los hogares biparentales con hijos menores están en unión consensual, en el 2003 cerca de la mitad de ellos lo esta (Cuadro 8)¹¹. ¿Podemos identificar efectos negativos de estas nuevas formas de organización familiar en los niños y adolescentes?

1. En los niños...

"La familia es, entre otras cosas, una unidad de producción de recursos humanos, que funciona con relativa autonomía en las primeras etapas de formación de los niños y cuya labor se acopla posteriormente a la del sistema educativo, cumpliendo funciones insustituibles de apoyo, en un rol complementario con el de la escuela" (Cepal, 1993). La capacidad de la familia para cumplir con este rol depende del tipo de organización que tenga y de los recursos materiales y humanos de que disponga. Varios estudios han demostrado que la ausencia de uno de los padres y la inestabilidad de la familia debilitan su capacidad de socialización de los niños y el papel que debe desempeñar.

En Brasil se ha encontrado que el bienestar de los niños y su desarrollo se ven afectados negativamente por vivir en familias monoparentales (Barros *et. al.*, 1995). En Inglaterra se ha observado que vivir en un hogar monoparental durante la infancia está asociado con mayores niveles de estrés y tabaquismo entre los jóvenes (Francesconi y Ermisch, 1998 -citado por Ribero, 2002).

En Estados Unidos se ha encontrado (Mc Lanhahan (1985) y Ann *et. al.* (1993)- citados por Ribero, 2001) que las niñas que viven en hogares monoparentales son más propensas en el futuro a ser madres solteras y jefes de hogares monoparentales. Aunque la mayoría de los estudios disponibles comparan el desempeño psico-social y escolar de niños en hogares monoparentales con aquellos en hogares biparentales, no controlan por el nivel de violencia intrafamiliar. No podemos ignorar el efecto positivo, no medido, en los niños de hogares monoparentales, de vivir en menores niveles de violencia intrafamiliar (física o psicológica) - que puede generar la separación/divorcio de los padres.

Ribero (2001) encontró para Colombia asociaciones significativas entre los indicadores de estructura familiar y el desempeño escolar de los niños. Vivir con una madre casada se relaciona con una mejor medida de calidad en los niños, mientras que la unión libre de la madre o un hogar con una madre separada/divorciada se relaciona con un deterioro en la calidad de los niños (medida ésta por rezago educativo para la edad). Más aún, los resultados sugieren que "más que la presencia de una pareja en el hogar, el hecho de que la pareja esté unida a través de un matrimonio legal es lo que tiene un impacto positivo sobre la calidad de los niños" (Ribero, 2001: pp. 20).

La evidencia para las siete principales ciudades confirma los resultados previos: en el estrato bajo medio, los niños de padres en unión consensual o de padres solos (separados, divorciados o viudos) muestran una tendencia a tener

¹¹ Estos resultados son equivalentes y consistentes con los observados para los hogares en Etapa II (Cuadro 5).

menores tasas de asistencia escolar (mayor inasistencia) y un mayor rezago en sus estudios de acuerdo a la edad (Cuadro 9). En el caso de las uniones consensuales, ésto puede estar relacionado con una mayor inestabilidad de la unión y/o con el hecho de que sean segundas nupcias, caso en el cual el niño vive con un padrastro o una madrastra.

2. ... y en las adolescentes

El contexto y el ambiente familiar han demostrado ser factores que influyen en el desarrollo psico-social de los adolescentes y, en general, en el logro de las tareas propias de este período de la vida. Dentro de los indicadores de contexto familiar, las características de la madre y la forma de constitución de la familia se consideran de gran importancia, especialmente para las niñas.

Varios estudios han demostrado que la estructura de la familia y las normas y valores pre-

dominantes en la sociedad son factores importantes en el comportamiento sexual y reproductivo de las adolescentes (Hogan and Kitagawa, 1995; Vargas y Barrera, 2002; Vargas y Barrera, 2003). Bajo nivel de ingreso, jefatura femenina, bajo nivel educativo de la madre, son factores, entre otros, que aumentan la probabilidad de inicio de actividades sexuales y reproductivas entre las adolescentes (Flórez y Núñez, 2002). La forma de constitución de la familia parece también afectar dicho comportamiento. Resultados para Bogotá y Cali indican que la proporción de adolescentes (13 a 19 años) que ha iniciado relaciones sexuales, ha tenido un embarazo o ha tenido un hijo nacido vivo es consistentemente mayor entre aquellas adolescentes cuyas madres están en unión consensual o son separadas/divorciadas que entre las que tienen madres en uniones legalmente constituidas (legal o religiosa), independientemente del estrato socioeconómico (Cuadro 10). Las diferencias son especialmente marcadas para el embarazo e hijo nacido

Cuadro 9
PROPORCIÓN DE NIÑOS POR NO ASISTENCIA Y REZAGO POR GRADO SEGÚN EDAD Y ESTADO MARITAL DE LOS PADRES. HIJOS DE 7 A 12 AÑOS EN QUINTILES 1 A 3 DE INGRESO PER CÁPITA (siete principales ciudades 2003)

Edad	% no asistencia			Grado	% rezago para el grado		
	Unión consensual	Casado	Separado/divorciado/soltero		Unión consensual	Casado	Separado/divorciado/soltero
7 años	4,6	0,5	7,1	1°	8,2	6,3	6,4
8 años	3,3	1,7	4,2	2°	7,9	6,3	5,1
9 años	4,2	0,9	3,5	3°	8,2	7,2	7,9
10 años	3,6	0,6	3,5	4°	8,1	6,3	14,5
11 años	5,5	1,1	4,4	5°	8,8	7,2	10,4
12 años	6,0	3,9	11,0	6°	8,4	6,2	9,6
Total	4,5	2,1	6,1	-	-	-	-

Fuente: cálculos con base en la Encuesta Nacional de Hogares, DANE.

Cuadro 10

PROPORCIÓN DE ADOLESCENTES QUE HA EXPERIMENTADO EVENTOS REPRODUCTIVOS POR TIPO DE UNIÓN DE LA MADRE SEGÚN ESTRATO (Bogotá y Cali 2003)

Estrato/Tipo de unión de la madre	Bogotá (N=550)			Cali (N=552)		
	Relaciones sexuales	Embarazo	Hijo nacido vivo	Relaciones sexuales	Embarazo	Hijo nacido vivo
Estrato bajo						
Unión consensual	40,8	13,3	10,2	48,8	10,0	7,5
Casada	31,2	10,8	7,5	44,4	8,9	6,7
Separada/divorciada	35,4	12,2	9,8	53,1	20,4	18,4
Estrato medio-alto						
Unión consensual	27,5	3,9	2,0	50,6	9,4	8,2
Casada	25,2	1,5	0,7	26,0	2,7	2,0
Separada/divorciada	31,7	8,3	6,7	28,2	2,6	1,3
Total						
Unión consensual	31,5	10,1	7,4	37,6	9,7	7,9
Casada	27,6	5,3	3,5	30,3	4,1	3,1
Separada/divorciada	33,8	10,6	8,5	37,8	9,4	7,9
Total	30,0	7,6	7,1	34,2	7,2	6,5

Fuente: Encuesta Salud Adolescente, (2003) CEDE.

vivo. En ambas ciudades, la proporción de adolescentes que ha tenido un embarazo o un hijo nacido vivo es el doble entre aquellas con madre en unión consensual o separadas/divorciadas que entre las que tienen madre legalmente casada. Las diferencias son aún mayores en el estrato medio-alto.

Esta asociación podría interpretarse a la luz de los planteamientos de Meschke (2000) - citado en Vargas y Barrera (2003) - quien afirma que los adolescentes pueden iniciar actividad sexual más temprano cuando viven en una familia monoparental [o biparental en unión consensual] por una de dos razones: ya sea porque tienen la percepción de que sus padres sostienen actitudes permisivas o liberales ante la sexualidad [en parti-

cular en los casos de uniones consensuales], o porque hay un menor número de personas disponibles para supervisar su actividad sexual [en el caso de los hogares nucleares monoparentales]. Tal parece que la socialización en hogares fundamentados en la unión consensual o en hogares monoparentales están de alguna manera influyendo en mayores riesgos de embarazo adolescente debido a factores de tipo afectivo, de estabilidad conyugal, y/o a una mayor flexibilización de los padres en el control de las jóvenes.

III. La fecundidad adolescente

La importancia creciente y consistente de las uniones consensuales y de los hogares monoparentales durante los últimos 25 años, junto con la

evidencia de que existe mayor riesgo de embarazo y maternidad entre las adolescentes en estos dos tipos de hogares, genera la inquietud sobre qué ha pasado con la fecundidad adolescente durante éste período de tiempo. La fecundidad en la adolescencia es un fenómeno de grandes implicaciones al nivel personal y social, más aún cuando ocurre a edades tempranas. Los riesgos de salud, la deserción escolar, la pérdida de oportunidades de ingresos futuros, el rechazo familiar y social, las dificultades emocionales, físicas y aún financieras, son algunas de las consecuencias para la joven madre. Los embarazos en adolescentes que no están en unión, generalmente se consideran de mayor riesgo que los de madres en unión legal o consensual. Las razones se relacionan con el hecho de que los nacimientos fuera de una unión (legal o consensual) son generalmente no planificados y no deseados, y la mayoría de las adolescentes madres solteras son principalmente de baja condición socioeconómica. Estas dos circunstancias aumentan los efectos negativos del embarazo adolescente, tanto en el corto como en el largo plazo.

A. Una fecundidad adolescente en aumento...

Contrario a la fecundidad total, la fecundidad adolescente en las zonas urbanas muestra una tendencia creciente desde mediados de la década de los años setenta: tanto la tasa específica de fecundidad como la proporción de adolescentes alguna vez embarazada aumenta consistente-

mente (Cuadro 11). A pesar de que el nivel de fecundidad adolescente es relativamente bajo, llama la atención su tendencia creciente. Mientras la fecundidad por edad descende en el grupo de mujeres adultas, aumenta entre las adolescentes, llevando a que la fecundidad adolescente contribuya cada vez más a la fecundidad total. Así, mientras en 1976 la tasa de fecundidad adolescente urbana aportaba el 8% a la fecundidad total, en 1990 aporta el 12% y en el 2000 contribuye con el 15,4% (Cuadro 11). Este fenómeno, sin embargo, no es exclusivo de Colombia sino que es común a muchos de los países de América Latina¹² (Singh, 1998; Flórez y Núñez, 2002; Rodríguez, 2003).

No sólo la tasa de fecundidad entre las adolescentes muestra una tendencia creciente, sino también se observa un aumento en la proporción de mujeres que ha tenido un hijo durante la adolescencia. Comparando este último indicador entre mujeres jóvenes y adultas en el 2000, se evidencia una tendencia hacia una mayor proporción de mujeres que son madres antes de los 18 años: 12,7% en la cohorte de 30-34 años, a 19% en la cohorte de 20-24 años en el 2000 (Flórez, 2003).

Igualmente, la proporción de adolescentes madres o embarazadas por edad aumenta consistentemente en todas las edades entre 1990 y el 2000 (Gráfico 4). Así, la proporción de adolescentes de 16 años que ha iniciado su maternidad aumenta de 6,7% en 1990 a 12% en el 2000. Estos

¹² Aunque algunos estudios sugieren que el aumento en la fecundidad adolescente observado en algunos países de América Latina no es real sino que es consecuencia de efectos de la estructura de edades, un estudio reciente de Celade, basado en censos de población y en indicadores de fecundidad por edades simples, indica que "en todos los países en que es posible una comparación diacrónica, la prevalencia de la fecundidad a los 17 años cumplidos ha tendido a aumentar". (Rodríguez, 2003).

Cuadro 11

TASA DE FECUNDIDAD Y FECUNDIDAD ADOLESCENTE (zona urbana 1976-2000)

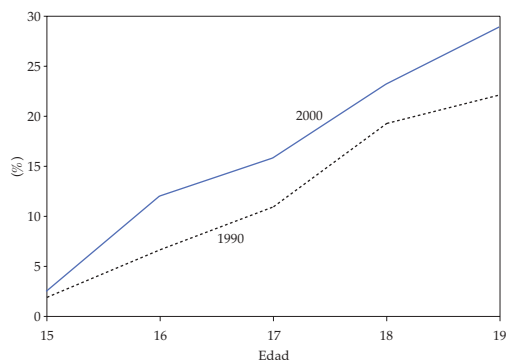
Año de encuesta	Tasa de fecundidad*	Fecundidad adolescente (por mil)*	% fecundidad adolescente/fecundidad total	% Alguna vez embarazada
1976	3,5	55	7,9	-
1980	3,0	57	9,5	-
1986	2,8	64	11,4	10,5
1990	2,5	62	12,4	11,8
1995	2,5	74	14,8	14,6
2000	2,3	71	15,4	16,9

* Estimativos para los 3 años previos a la encuesta.

Fuente: Profamilia, DHS-1990; DHS-1995; DHS-2000; CCRP, 1980.

Gráfico 4

PROPORCIÓN DE ADOLESCENTES MADRES EMBARAZADAS POR EDAD (zona urbana 1990-2000)



Fuente: Profamilia, DHS-1990; DHS-2000.

hechos evidencian que no sólo la incidencia (tasa) de la fecundidad entre las adolescentes es mayor, sino que también el "timing" se ha ace-

lerado, desplazando el patrón hacia edades más jóvenes.

B. ... con un aumento del madresolterismo y de las uniones consensuales...

Aunque la mayoría de la fecundidad adolescente ocurre dentro de la unión (legal o consensual), una proporción significativa de adolescentes urbanas en el 2000, 35%, tuvo su hijo sin haber establecido una unión (legal o consensual) (Flórez, 2003). La proporción de madres que ha tenido un hijo sin establecer una unión y durante la adolescencia¹³ ha venido aumentando significativamente entre cohortes de edad: de 11% entre las madres urbanas de 40-44 años a 30% entre aquellas de 20-24 años en el 2000. Algunas de las madres adolescentes pueden formalizar la unión después del nacimiento del hijo. En efecto, en el 2000, la mitad de las mujeres madres de 20-24 años que tuvieron su hijo solteras y durante la

¹³ Debido a que la primera unión y el primer nacimiento ocurren principalmente a edades jóvenes, el intervalo primera unión-primer nacimiento se concentra en el período adolescente.

adolescencia, conformaron una unión (legal o consensual) después del nacimiento del hijo. Dentro de las adolescentes (15-19 años) madres en el 2000, más de la quinta parte estaba soltera. Algunas formalizarán una unión con la edad, otras permanecerán como madres solteras. Este porcentaje de madres solteras ha venido aumentando entre las adolescentes, especialmente durante los últimos cinco años: de 21% en 1995, a 26% en el 2000 (Gráfico 5). En este caso, las consecuencias negativas de la maternidad temprana son dobles: de una parte, el efecto sobre los hijos de la ausencia del padre; de otra, los efectos, sobre la salud de la adolescente y de su hijo, de una maternidad a edades muy tempranas.

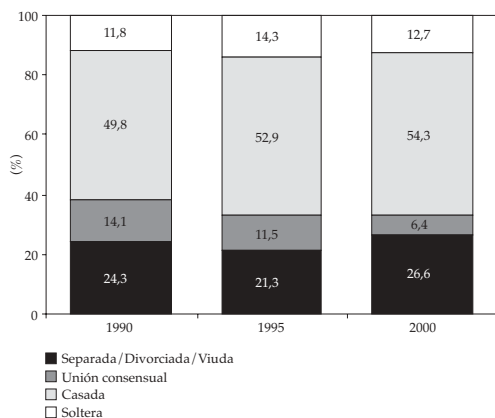
No sólo el madresolterismo ha aumentado entre las adolescentes, sino que cada vez más las adolescentes, madres o no, prefieren las uniones consensuales a las uniones legalmente establecidas. Las adolescentes madres casadas (le-

gal o religioso) disminuyen de 14% en 1990 a 6% en el 2000 (Gráfico 5). Las adolescentes en unión consensual aumentan de 7% a 11% entre 1990 y el 2000 (Cuadro 12). Considerando sólo las adolescentes unidas, las uniones consensuales pasan del 77% al 89%. Estos hechos evidencian no sólo que la prevalencia de la unión consensual entre las adolescentes es un fenómeno creciente y común al de las mujeres adultas, sino sugieren que el deterioro progresivo de la institución legal del matrimonio y la tolerancia social cada vez mayor de las uniones consensuales es aún más marcado entre las adolescentes que entre la población adulta.

C. ...y con un inicio más temprano y más rápido de las relaciones sexuales

La edad a la cual la mujer inicia relaciones sexuales (dentro o fuera de la unión marital) marca el comienzo del período de exposición al riesgo de embarazo. En Colombia, la edad a la cual las jóvenes inician relaciones sexuales ha venido disminuyendo y la proporción que ha tenido relaciones sexuales a cada edad ha venido creciendo (Flórez y Núñez, 2002; Ordóñez, 2002; Flórez, 2003). La proporción de adolescentes ur-

Gráfico 5
DISTRIBUCIÓN DE ADOLESCENTES MADRES O EMBARAZADAS POR ESTADO MARITAL (zona urbana 1990-2000)



Fuente: Profamilia, DHS-1990; DHS-1995; DHS-2000.

Cuadro 12
PROPORCIÓN DE ADOLESCENTES POR ESTADO MARITAL (zona urbana 1990, 1995 y 2000)

Estado Marital	1990	1995	2000
Soltera	88,8	85,5	84,9
Casada	2,1	2,2	1,3
Unión consensual	7,2	9,3	10,7
Divorciada/separada/viuda	1,9	3,0	3,1
Total	100,0	100,0	100,0

Fuente: Profamilia, DHS-1990; DHS-1995; DHS-2000.

banas que ha iniciado relaciones sexuales ha venido aumentando consistentemente durante las últimas décadas: 20% en 1990, 27% en 1995, y 30% en el 2003 (Cuadro 13).

Cuadro 13

PROPORCIÓN DE ADOLESCENTES QUE HA INICIADO ACTIVIDADES REPRODUCTIVAS (zona urbana 1990, 1995 y 2000)

Estado Marital	1990	1995	2000
Relación sexual	20,6	27,6	29,9
Unión	11,3	14,5	15,1
Embarazo	11,8	14,6	16,9
Hijo	8,8	11,5	13,3

Fuente: Profamilia, DHS-1990; DHS-1995; DHS-2000.

A pesar que en el 2000, menos de la tercera parte de las adolescentes ha iniciado relaciones sexuales, llama la atención su tendencia creciente. Sin embargo, el nivel que se observa en el 2000, 30%, es menor a lo que comúnmente los mismos adolescentes perciben. En efecto, estudios cualitativos evidencian que hombres y mujeres adolescentes señalan la creencia que más del 60% o 70% de los adolescentes ha iniciado actividad sexual (Vargas, Henao y González, 2004).

Al igual que con la fecundidad adolescente, no sólo la incidencia de las relaciones sexuales es mayor, sino que el "timing" se ha acelerado, desplazando el inicio de las relaciones hacia edades más jóvenes. De una parte, la evidencia indica que la proporción de adolescentes que ha iniciado relaciones sexuales antes de los 18 años ha venido aumentando entre las cohortes de edad más jóvenes. Así, en las zonas urbanas, el 33% de las mujeres de 40-44 años había iniciado relaciones sexuales antes de los 18 años, mien-

tras que tal proporción aumentó a 42% entre las mujeres de 20-24 años (Flórez, 2003). Por otra parte, entre las adolescentes, el inicio de las relaciones sexuales es cada vez más rápido: en 1990, el 5% de las adolescentes había iniciado relaciones sexuales antes de los 15 años; en el 2000, tal porcentaje casi se duplica, llegando al 9,5% (Cuadro 14). A pesar de que, en el 2000, menos del 10% de las adolescentes ha iniciado relaciones sexuales antes de los 15 años, lo que llama la atención es la tendencia creciente que se observa.

Contrario al inicio de las relaciones sexuales, los niveles y cambios en nupcialidad son menos marcados, con una leve tendencia hacia una mayor incidencia y un inicio más rápido de las uniones. De una parte, la proporción de adolescentes solteras ha bajado, aunque no de manera significativa: de 89% en 1990, a 85% en el 2000 (Cuadro 12). De otra, la proporción de adolescentes unida (legal o consensual) aumenta de 11% en 1990 a 15% en el 2000 (Cuadro 13), y la proporción que ha iniciado una unión antes de los 15 años no cambia significativamente, de 2% a 3% entre 1990 y el 2000 (Cuadro 14). Estos cambios en nupcialidad (uniones) son mucho menos marcados a los observados en el inicio de las relaciones sexuales, implicando un aumento impor-

Cuadro 14

PROPORCIÓN DE ADOLESCENTES QUE HA INICIADO ACTIVIDADES REPRODUCTIVAS ANTES DE LOS 15 AÑOS (zona urbana 1990, 1995 y 2000)

Estado Marital	1990	1995	2000
Primera relación	5,1	6,4	9,5
Primera unión	2,3	2,8	3,2
Primer hijo	0,5	1,0	1,1

Fuente: Profamilia, DHS-1990; DHS-1995; DHS-2000.

tante en las relaciones sexuales premaritales y en el período de exposición al riesgo de embarazo adolescente previo a la constitución de una unión estable (legal o consensual). Este fenómeno, de hecho, explicaría los incrementos en el madresolterismo observados arriba, y es un elemento de la "revolución sexual" actual, y que vivieron los países industrializados en el siglo XX (Luker, 2003), cambiando, de manera irreversible, valores, actitudes y comportamientos.

Varios estudios evidencian la relación entre el aumento en la fecundidad adolescente y el aumento en el pronto y rápido inicio de las relaciones sexuales entre las adolescentes, como también muestran que el acceso y uso de métodos de planificación familiar ha contrarrestado el aumento de la fecundidad adolescente (Flórez y Núñez, 2002). La demanda total y la demanda satisfecha de planificación familiar entre las adolescentes ha venido aumentando, llegando a 83% y 78% en las zonas urbanas en el 2000, y estando relacionada con el nivel de fecundidad y el nivel educativo de la mujer (Flórez, 2003).

D. ¿Por qué aumenta el embarazo adolescente y el madresolterismo?

Si las adolescentes están usando cada vez más planificación familiar, especialmente las solteras, ¿por qué aumenta el embarazo adolescente y el madresolterismo? Una respuesta rápida, utilizando los datos de un estudio en progreso (Flórez, 2004; Vargas, Henao y González, 2004), es que algunas quedan embarazadas la primera vez que tienen relaciones sexuales porque no usan método (creencias infundadas sobre la primera relación sexual y falta de planeación del evento), porque usan métodos ineficientes (naturales) o usan métodos de manera inadecuada

(aún los métodos naturales son utilizados de manera inapropiada). Otras adolescentes quedan embarazadas cuando dejan de utilizar un método particular durante transiciones, ya sea de pareja o de un método a otro. Y otras quedan embarazadas porque no estaban usando método, ya sea que nunca lo han usado o lo dejaron de usar (creencias infundadas sobre los métodos y escepticismo frente a su efectividad).

Entre los determinantes socioeconómicos de la fecundidad adolescente se han identificado, entre otros, el nivel educativo, el nivel de urbanización, el nivel de ingreso, factores familiares, factores culturales (Singh y Wulf, 1990; Flórez y Núñez, 2002). En el caso particular de Colombia, existe evidencia del efecto importante del nivel educativo y de las condiciones del hogar sobre la probabilidad de inicio de las relaciones sexuales y de la maternidad adolescente (Flórez y Núñez, 2002; Gaviria, 2000). Por otra parte, durante la última década se ha avanzado también de manera importante, a nivel internacional y nacional, en aspectos relacionados con la salud y los derechos sexuales y reproductivos. Desde 1994 se formaliza oficialmente la Ley de Educación Sexual (Ley 115 de 1994) que establece la obligatoriedad de incluir proyectos pedagógicos de educación sexual en el plan de estudios de todos los centros educativos del sector público y privado del país (MEN, 1999). En 1998, el gobierno colombiano define los lineamientos para la política de la salud sexual y reproductiva, incorporando el derecho a una educación sexual y reproductiva desde la infancia y el derecho a servicios de salud sexual y reproductiva integral (Ministerio de Salud, 1998).

Las características culturales, reflejadas en las normas, valores sociales y significados que los

individuos dan a los objetos y contextos, no pueden ignorarse como uno de los factores socioeconómicos determinantes de la fecundidad adolescente. Esto es evidente en la evaluación de los proyectos pedagógicos de Educación Sexual (Prada y MEN, 1997), como también en estudios de fecundidad total, y en estudios de caso cualitativos particulares para adolescentes. Así, un estudio sobre los grupos de alta fecundidad (Flórez, 1994) evidencia la importancia del contexto cultural, los valores y las percepciones sobre la familia y los hijos, en la determinación del tamaño de la familia. Igualmente, estudios sobre la sexualidad juvenil muestran la importancia del contexto sociocultural en el que se desenvuelven los jóvenes en la incidencia de las decisiones que toman frente al riesgo sexual (Mejía *et al.*, 2000), como también la importancia de la norma de pares percibida en la predicción tanto de la intención de tener relaciones sexuales en la adolescencia como de la frecuencia de la actividad sexual (Vargas y Barrera, 2003).

Evaluar el papel que han jugado en el aumento de la fecundidad adolescente los determinantes próximos (relaciones sexuales, unión, uso de planificación familiar, etc.), los determinantes socioeconómicos (educación, empleo, etc.), los determinantes macroeconómicos (urbanización, política en salud y educación sexual y reproductiva, y en el esfuerzo del sector privado en ofrecer servicios de planificación familiar, en especial algunos dirigidos a los adolescentes), o los determinantes culturales y contextuales (valores, normas sociales, estructura familiar, etc.) va más allá de los objetivos de este documento. Sin embargo, los estudios disponibles parecerían sugerir que hasta ahora se ha subestimado el papel de los factores culturales y contextuales -valores, normas sociales, estructura familiar- en la

fecundidad adolescente. Factores tales como el deterioro progresivo de la institución legal del matrimonio, la aceptación social del inicio más pronto y rápido de las uniones sexuales previa a la conformación de una unión (legal o consensual), la percepción de que la actividad sexual adolescente es común (o al menos mayor a lo que realmente es), la tolerancia social cada vez mayor de las uniones consensuales -aún más marcado entre las adolescentes que entre la población adulta-, y una mayor flexibilización de los padres en el control de los jóvenes, podrían estar jugando un papel importante en el aumento de la fecundidad adolescente y en el madresolterismo. Sin embargo, sólo estudios especializados pueden ayudar a dilucidar el proceso de toma de decisión de las adolescentes en cuanto a su comportamiento sexual y reproductivo.

IV. A manera de conclusión: entendiendo la transformación de los hogares

Es evidente que los últimos 25 años han representado un escenario de grandes cambios para los hogares colombianos. Aunque la familia "tradicional" biparental sigue siendo la forma dominante de organización de los hogares colombianos urbanos, la importancia creciente de los hogares unipersonales y de los monoparentales refleja una tendencia hacia un debilitamiento de la familia "tradicional" biparental como forma preferida de organización social. El resquebrajamiento de la familia biparental, más marcado en el estrato alto, conlleva una disminución en el tamaño del hogar y un aumento en la tasa de jefatura femenina.

La evidencia sugiere la existencia de dos procesos simultáneos en la estructura de los hogares: el incremento significativo de las uniones consensuales como fundamento de la familia y

el aumento importante de la inestabilidad de las uniones, evidente en mayores separaciones y divorcios. Estos dos procesos tienen efectos negativos sobre la capacidad de socialización de la familia, con importantes repercusiones en el proceso de desarrollo y en las expectativas de vida de los niños y adolescentes, independientemente de la condición socioeconómica del hogar. Los niños de hogares en unión consensual o en hogares monoparentales obtienen menores logros educativos que los niños que viven en hogares biparentales legalmente constituidos. Las adolescentes con madres en unión consensual o con madres separadas/divorciadas son más propicias al inicio rápido de relaciones sexuales y al embarazo temprano. De hecho, la incidencia y el "timing" de la fecundidad adolescente, el inicio de relaciones sexuales, las relaciones sexuales prematrimoniales y el madresolterismo han venido aumentando, a pesar de los cambios positivos que se observan en algunos de los determinantes socioeconómicos al nivel individual (especialmente en la educación y la participación laboral femenina) y determinantes macroeconómicos (políticas públicas y privadas).

A. Algunos enfoques que explican los cambios en los hogares...

Existen por lo menos tres enfoques que podemos utilizar para explicar los cambios observados hasta ahora en los hogares colombianos: el conservador, el liberal y el feminista (Giele, 2003). Los tres enfoques, desarrollados para explicar los cambios en la familia norteamericana -hacia la erosión de la familia tradicional (biparental y religiosa)-, coinciden en afirmar que dichos cambios exponen a los niños a mayores riesgos, ya sea en términos de logros educativos, de maternidad adolescente, de uso de dro-

gas, etc. Sin embargo, difieren en cuanto a las razones de dicha erosión y la forma de enfrentarla.

El *modelo conservador* argumenta que el debilitamiento de la familia tradicional se debe a una cultura de mayor tolerancia, enfatizando en la pérdida de compromiso individual y cultural frente al matrimonio y la pérdida de estigma para el divorcio y la ilegitimidad. El *modelo liberal* argumenta que la crisis de la familia surge más de los cambios estructurales de la economía que de los cambios culturales y morales en la familia nuclear y del menor tiempo de los padres en el hogar. La *perspectiva feminista* tiene elementos comunes del modelo conservador y del liberal: un respeto por la familia como institución (conservador) y una apreciación por la modernidad (liberal), juzgando la fortaleza de la familia no por su forma (biparental o monoparental) sino por su funcionamiento (si promueve la satisfacción y el desarrollo humano) y por la condición de que el hombre y la mujer sean capaces de criar a los hijos como también de ser trabajadores productivos.

B. ... y que podríamos usar en el caso colombiano para proponer algunas políticas

Revisando los tres enfoques a la luz de los cambios observados en los hogares colombianos en los últimos 25 años, no es posible adoptar un solo modelo. Por el contrario, es necesario combinar diferentes contribuciones de cada uno. La familia corresponde a circunstancias sociales, económicas e ideológicas de espacio y tiempo particulares. La familia cambia para adaptarse a las nuevas realidades de la sociedad. Volver a la familia tradicional biparental con el padre trabajando y la madre cuidando de los hijos, como lo sugiere el enfoque conservador, no es la solu-

ción a los problemas actuales. Los cambios en las actitudes, valores y comportamientos hacia la mujer, la sexualidad, los hijos y la familia, generados por el mismo proceso de modernización, son irreversibles. La familia se encontraría atrapada entre las normas del ayer y las nuevas realidades del presente. Sin embargo, del enfoque conservador es posible tomar el rol importante que le da a la familia en la crianza de los niños y el papel de las normas sociales en el comportamiento de los individuos.

Con respecto a las normas sociales, vale la pena retomar dos hechos en el caso colombiano: el deterioro de la institución legal del matrimonio y la fecundidad adolescente. En el primer caso, las disposiciones legales actuales sobre familia y matrimonio soportan la aceptación social de las uniones consensuales - reconoce la existencia de sociedad patrimonial en las uniones consensuales, acepta los vínculos naturales, y otorga a la compañera del trabajador los derechos a las prestaciones que tendría la cónyuge legal. De otra parte, los cambios económicos y sociales respecto al estatus de la mujer y su papel en el hogar y en la sociedad no son, ni deberían ser, reversibles. Sin embargo, son preocupantes los efectos negativos, sobre los niños y adolescentes, de las uniones consensuales como forma de fundación de la familia. ¿Será necesario reglamentar aún más la unión consensual, en los aspectos económicos y en relación con los hijos? ¿O será mejor reinstitucionalizar el matrimonio? No es sencillo emitir un juicio porque involucra diversas dimensiones. Es necesario introducir el tema de función y forma de la familia en el debate público.

En el segundo caso, estudios cualitativos sobre fecundidad adolescente (Vargas, Henao y González, 2004) sugieren que actualmente exis-

te una ambivalencia en la sociedad colombiana sobre la actividad sexual en las adolescentes que lleva a un estado de confusión en las mismas adolescentes y al desarrollo de una norma social percibida, que lleva a las jóvenes a iniciar actividad sexual cada vez más temprano. Por un lado, en algunas familias reciben mensajes que enfatizan el decir "no" a las relaciones sexuales; pero por otro lado, los amigos, los pares, los medios de comunicación y la sociedad como un todo promueven la idea de que la actividad sexual entre las adolescentes es un hecho común y "natural" para la edad. Además de tener la presión a ser sexualmente activas, se les pide "que se cuiden" pero, tanto a nivel de la familia como de las instituciones pertinentes (colegio y centros de salud), no se les proporciona el apoyo y la guía necesaria y adecuada para tomar decisiones al respecto y para utilizar métodos de planificación familiar de forma adecuada. En este caso, programas masivos de comunicación -como la televisión- podrían utilizarse como instrumentos para transmitir las normas y valores sociales sobre los comportamientos sexuales aceptables y permisibles en los adolescentes. De igual forma, en el campo de la educación -instrumento de la política preventiva del embarazo adolescente- deben adecuarse los programas informativos sobre planificación familiar, biología reproductiva y sexualidad. Los proyectos pedagógicos de educación sexual que se imparten actualmente en los centros educativos del sector público y privado del país parecen no estar cumpliendo su función informativa y formativa, ya sea por insuficiencia o por enfoque. En este aspecto, deben también mejorarse los servicios y programas de acceso a los métodos de planificación familiar para adolescentes, de tal forma que les aseguren privacidad y confiabilidad, y les permitan un uso adecuado de los métodos.

En el otro extremo está la respuesta del modelo liberal a los cambios en la familia, la cual descansa en la creación de una red de seguridad social que asume muchas de las funciones de la familia. Contrario a lo planteado por este enfoque, debe aceptarse que una red no puede brindar el apoyo emocional que necesitan los miembros de la familia, especialmente los niños. La función de la familia -cuidado y provisión de necesidades básicas materiales y no materiales para todos los miembros- es complementaria y no sustitutiva de la actividad de los programas públicos (Kaluf y Maurás, 1998). Sin embargo, del enfoque liberal es necesario reconocer la importancia que le da a los cambios irreversibles y liberadores, y a las condiciones de pobreza -material y de tiempo- traídas por la misma estructura de mercado. Bajo este enfoque sería necesario combinar políticas dirigidas a erradicar la pobreza material (subsidios, capacitación para el trabajo, creación de oportunidades de trabajo), con aquellas dirigidas a aliviar la pobreza de tiempo (licencias para los padres/ madres, flexibilización de horarios y horas de trabajo). Por ejemplo, se requeriría valorar el tiempo de dedicación de los padres a los hijos, y aumentar la cobertura de la seguridad social.

El modelo feminista, sorprendentemente, considera tanto la naturaleza emocional de la familia como la especialización e individualismo de la economía moderna. Se diferencia del modelo conservador en aceptar las diversas formas de organización de la familia, incluyendo los ho-

gares monoparentales con jefatura femenina, como respuesta a las necesidades de la economía moderna. Se diferencia del modelo liberal en reconocer que las relaciones emocionales no pueden transferirse a una red de seguridad social. En este caso, el reto de la política social es encontrar un equilibrio y un trabajo conjunto e integral entre la familia y las instituciones de apoyo requeridas.

Combinando las diferentes contribuciones de cada enfoque, una política social de familia en Colombia debería buscar fortalecer las funciones de la familia en concordancia con los cambios generados por la modernización de la economía. De una parte, debe considerar a la familia como unidad básica, y fortalecerla como grupo social, y no dirigirse a los miembros de la familia individualmente. De otra, en el plano económico, debe desarrollar programas dirigidos a la erradicación de la pobreza, integrales con programas de seguridad social y capacitación para el trabajo. Finalmente, los medios de comunicación social son fundamentales en la configuración del imaginario colectivo, en el cual están representadas las imágenes de lo que son y lo que deben ser las familias (Kaluf y Maurás, 1998). Programas masivos de comunicación serían instrumentos fundamentales para sensibilizar a la población respecto a las funciones de la familia y para clarificar las normas y valores sociales en cuanto a comportamiento sexual entre las adolescentes y la importancia de la institución legal del matrimonio.

Bibliografía

- Barros *et. al.* (1995), Poverty among female headed households in Brazil. Investment in women's human capital, edited by T. Schultz.
- BID (1989), Al frente de la desigualdad. Informe 1988-89. Capítulo 3: La Desigualdad y la familia. Pp. 61-90.
- Cepal (1993), Panorama Social de América Latina. Documento LC/G. 1768. Chile.
- DNP (2002), Familias Colombianas: estrategias frente al riesgo. Sección 1.3: La organización de las familias y sus proyectos de bienestar. DNP-ICBF-Misión Social. Pp. 35-51.
- Flórez, Carmen E. (2000), Las transformaciones sociodemográficas en Colombia durante el siglo XX. Banco de la República, Tercer Mundo Editores.
- Flórez, Carmen E. y G. Cano (1993), Mujeres Latinoamericanas en cifras. Colombia. Flacso, Instituto de la Mujer de España.
- Flórez, Carmen E. y R. Méndez (1994), Boletín de Estadísticas sobre hogar y familia en Colombia 1972-92. CEDE, Universidad de Los Andes.
- Flórez, C.E. y Núñez J. (2002), Teenage childbearing in Latin American countries. Documentos CEDE No. 1. Enero.
- Flórez, Carmen E. (2004), Fecundidad adolescente en Colombia: incidencia, tendencias y determinantes. Resultados preliminares del estudio cuantitativo. CEDE-Uniandes.
- Gaviria, Alejandro (2000), Decisiones: sexo y embarazo entre las jóvenes colombianas, Fedesarrollo, *Coyuntura Social* No. 23, noviembre.
- Giele, Janet Z. (2003), Decline of the family: Conservative, Liberal, and Feminist Views. Chapter 2, Reading 5, in Skolnick A. and J. Skolnick: Family in Transition. Pp. 57-76.
- Hogan Dennis and E. Kitagawa (1985), The impact of social status, family structure, and neighborhood on the fertility of black adolescents. *American Journal of Sociology*. 90 (4): 825-855.
- Kaluf C. y Maurás M. (1998), Regreso a casa. La familia y las políticas públicas. Unicef, Colección Cuadernos Debate. Editorial Santillana.
- Luker, Kristin (2003), Why do they do it? Chapter 11, Reading 33, in Skolnick A. and J. Skolnick: Family in Transition. Pp. 479-492.
- Mejía, I.E., Cortés, M., Madera, J., Del Rio y A.M., Bernal, P. (2000), Dinámicas, ritmos y significados de la sexualidad juvenil. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Ordoñez, Myriam (2002), La Salud Reproductiva de las Adolescentes de 15-19 años en Colombia. Estudio a profundidad de la DHS-2000. Profamilia-UNFPA.
- Prada E. y MEN-Ministerio de Educación Nacional (1997), Estado del arte de los proyectos escolares en educación sexual. Bogotá.
- Ribero, Rocio (2001), Estructura familiar, fecundidad y calidad de los niños en Colombia. *Revista Desarrollo y Sociedad* No. 47, marzo. Pp. 1-43.
- Rodríguez, Jorge (2003), La fecundidad alta en América Latina y el Caribe: un riesgo en transición. Documento presentado en el Seminario sobre Transición de la Fecundidad en América Latina y el Caribe, Cepal, Santiago, Chile, Junio de 2003.
- Rosero-Bixby L. (1996), Nuptiality trends and fertility transition in Latin America. In: J.M. Guzmán, S. Singh, G. Rodríguez, and E.A. Pantelides (Eds) *The Fertility Transition in Latin America*. New York: Oxford University Press.
- Rubiano N, y L. Wartenberg (1991), Hogares y redes familiares en centros urbanos. Ponencia al Congreso de Trabajo Social. Cali.
- Serrano E. (2003), Economía de la familia: modelos de comportamiento intrafamiliar y asignación de recursos. Tesis Doctoral Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Economía.
- Singh S. (1998), Adolescent childbearing in developing countries: a global review. *Studies in Family Planning*, Vol. 29, Issue 2, Adolescent reproductive behavior in the developing world (June), 117-136.
- Vargas E., J. Henao y C. González (2004), Fecundidad adolescente en Colombia: incidencia, tendencias y determinantes. Resultados preliminares del estudio cualitativo. CEDE-Uniandes.
- Vargas E. y F. Barrera (2003), Actividad Sexual y Relaciones Románticas durante la adolescencia: algunos factores explicativos. Departamento de Psicología, Documento CESO No. 56. Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales.
- ____ (2002), El papel de las relaciones padres-hijos y de la competencia psicosocial en la actividad sexual de las

adolescentes. Documento *CESO* No. 32. Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales.

Wartenberg, Lucy (1999), Vulnerabilidad y jefatura en los hogares urbanos colombianos. En: Gonzalez de la Rocha M. comp. *Divergencias del modelo tradicional: Hogares de jefatura femenina en América Latina*, CIESAS, Plaza y Valdés, México.

Wartenberg, Lucy (1998), Changes on household structure. Colombia 1978-1995. *MHS Population Dynamics*. Graduation paper.

Zamudio L. y Rubiano N. (1991), *La Nupcialidad en Colombia*. Universidad Externado de Colombia.